

Síganme los buenos...

De Puan a Alaska (sexta parte)

* por Aldana Tranier y Sergio Stiep

Colombia es diversa y tiene algo para todos.

Sólo bastó cruzar la frontera y deslumbrarnos con uno de los lugares más bonitos, el Santuario de las Lajas, en Ipiales, una imponente basílica de estilo gótico construida sobre el cañón del río Guaitara. Para nosotros una de las más lindas que hemos conocido.

De camino al Parque Arqueológico San Agustín, una de las Necrópolis más grandes del mundo, hicimos una visita a Laguna de la Cocha, un pequeño lugar con un encanto particular. A lo largo del canal que desemboca en el lago se disponen cantidad de chalupas para realizar paseos, y en las orillas, que se conectan con varios puentecitos, se ubican las casitas de madera. La curiosidad nos llevó hasta el patio de una de ellas en la que se encontraba Eriberto, tallando unas vigas de madera que servirían de sostén para el futuro restaurant, un proyecto en el cual hacía dos años venía trabajando con su esposa Liliana. La amabilidad del pueblo colombiano no se hizo esperar, en minutos estábamos compartiendo una exquisita "sopa de papa" en su humilde cocina, y mientras bebíamos una aromática, Eriberto, nos contaba de una opción de ruta para llegar a nuestro próximo destino. Al camino lo denominan "la trocha" y nada tiene que envidiarle al "camino de la muerte" de las yungas bolivianas, sobre todo si te toca como a nosotros en día de lluvia. Así, entre "pitazos", como ellos llaman a nuestra bocina, para avisar que llegábamos a una curva donde sólo había lugar para que pase un vehículo, llegamos a Mocoa para al día siguiente visitar las ruinas de San Agustín, una de las culturas prehispánicas más importantes de Colombia.

Subidas, bajadas, precipicios, curvas y más curvas; luego de diez intensas horas de conducir por una ruta con vistas impactantes, cruzamos el Alto de la Línea y llegamos a Calarcá, hicimos noche en la estación de bomberos. Nos enteramos a la mañana siguiente, mientras tomábamos un clásico café colombiano invitados por ellos, que durante la noche había ocurrido un breve temblor, podemos decir que se duerme muy bien en la Mechi.

Nos despedimos muy agradecidos por la atención y continuamos nuestro viaje. Ingresábamos al Eje Cafetero. La idea era visitar el Valle de Cocora, lugar donde crece la Palma de Cera, árbol nacional de Colombia; perdemos entre mil verdes observando como esas altísimas palmeras se escondían entre las nubes, hizo que ubicásemos este lugar como uno de los tantos imperdibles de Colombia.

Salento y Filandia. Cuál de las dos más lindas. Cuál de las dos más coloridas, pero coloridas de verdad. Las casas con sus puertas, ventanas y balcones de trabajada madera, tan iguales como distintas no te permitían dejar de mirarlas y admirarlas. Ubicadas en el centro del Eje Cafetero, estas dos pequeñas ciudades nos dejaron pasear por sus tranquilas calles y probar el exquisito café colombiano.

Muy cerquita de allí, en el corregimiento La India, cono-



Santuario de las Lajas (Ipiales – Colombia)

simos a Jairo Taborda, el dueño de una finca, "Terrón Dorado", que cultiva y cosecha café y bananas. Pasamos toda la mañana con él, recolectando granos, trasplantando plantitas de café y aprendiendo sobre todo el proceso para su elaboración.

En Medellín, la ciudad de la eterna primavera por su clima templado, visitamos la Plaza Botero, un museo al aire libre que muestra su perfección en 23 esculturas de bronce donadas por el artista Fernando Botero, reconocido por utilizar mucha voluptuosidad en sus trabajos artísticos que despiertan la curiosidad.

Dejamos atrás Medellín, capital de la provincia de Antioquía para ir a conocer la primera Maravilla de Colombia, la Catedral de Sal de Zipaquirá, un recinto construido en el interior de unas minas de sal, donde se aprecian esculturas de sal y mármol en un ambiente de sentido religioso. De camino a este lugar visitamos el Peñón de Guatapé, una inmensa roca desde cuya cima se obtiene una vista privilegiada del particular pueblito paisa de Guatapé cuyos habitantes han sabido recuperar la tradición de decorar las bases de sus casas con coloridos zócalos que retratan personajes, animales, flores y escenas cotidianas.

Antes de llegar a Zipaquirá nos quedaba otra parada que no podíamos ni queríamos evitar, la "Hacienda Nápoles". Lo que otrora había sido un símbolo de ostentación del poderío del líder del cartel Pablo Escobar, se había transformado hace varios años en un Parque Temático donde hoy se pueden ver algunos de los exóticos animales que este personaje había introducido, disfrutar de un parque acuático o recorrer el museo en memoria de las víctimas de aquel momento. La entrada al parque se hace por un portal en cuya parte superior Escobar había colocado una réplica de la avioneta con la que traficaba cocaína a EE.UU, hace poco más de un año, ésta fue desmontada con la intención de ir borrando vestigios de aquella época.

En la próxima entrega completaremos nuestro paso por este país tan colorido, diverso y encantador.



Filandia, Eje Cafetero (Colombia)



Hacienda Nápoles (Colombia)